

TEXTO N° 4

LA VIÑA ENDIABLADA

Querida Laura,

¿Te acuerdas de este viaje que hicimos con mis padres hace un par de años al noroeste de la Argentina? Ya sé lo que me vas a contestar. A quién se le puede olvidar el esplendor barroco de Salta y Jujuy. ¿Y el pequeño poblado de Cafayate, entonces?, agazapado en medio de ese alto valle andino que tanto nos impresionó después de la monótona inmensidad de la pampa de donde veníamos. No seamos ingratas, que ahí sí que nos reímos como locas con el descubrimiento de...Cafayate: vestigios arqueológicos, artesanías de calidad, bella catedral de cinco naves, eso dicen las guías turísticas, pero a mis padres, acuérdate, lo que más les llamó la atención entonces, parece mentira, fueron las bodegas de la ciudad, el buen Torrontes de color clarito y sabor a fruta. Cuánta alegría, qué ambiente hubo, qué conciliadores se pusieron con nosotras, que hasta nos permitieron paladear algunas goticas de la divina bebida. No sé, para serte franca, lo que le ven al vino los adultos, pero eso ya es otro cantar, y para no aguarles la fiesta recuerdo que les mentí descaradamente, tú también, chica, les dijimos a coro qué rico, cómo no, qué sabroso, y un montón de exageraciones. Y sonreían ingenuamente, con la mirada un poco ida de esos santos que se ven en los cuadros polvorientos de los museos.

Pero lo malo, Laura, a ti que eres mi gran amiga bien te lo puedo confesar, es que ahora que les han sido reveladas las bondades de los caldos americanos y no sólo de los franceses y españoles, que los vinos de la Rioja, por supuesto, ya entraban de tiempo atrás en nuestra casa, no paran de hablar de vino. Bueno, hablar es un decir, me entiendes. La casa se ha convertido en una verdadera bodega, pero no al estilo de esas lindas cuevas a la antigua

usanza, con sus telarañas, su piso de tierra apisonada y sus hileras de pipas cuidadosamente alineadas. Fíjate que se han comprado una suerte de nevera de un horrible color marrón, sin avisarme, claro, que se da de patadas con las paredes azul marino del garaje, y donde guardan con amor, como perla entre algodones, unos vinos minuciosamente seleccionados. Sus vinos finos. Finos, esa palabrita los tiene literalmente encandilados ¡Es como para no creérselo! Decidí elevarme a alturas filosóficas y sacar partido de la situación, acaso no sueles tú aconsejarme ecuanimidad, con calma, niña, con calma. Pues sí, con calma y detenimiento miro las etiquetas, averiguo dónde quedan los continentes y los países, me voy perfeccionando en geografía, que nunca se me ha dado bien, como ya sabes. Vamos a ver. Qué me contestas si te digo «Casillero del diablo». ¿Procedencia? Cono sur, Laura, Chile, cómo no, que éste era el vino preferido del pobre presidente Allende. Y si te digo... Bueno, no, dejemos este juego, que con las botellas a la vista, llevo todas las de ganar y no me gusta el fraude.

Para qué ocultarlo... Se han vuelto maniáticos, sí, pero no te creas que de una monomanía se trata, no, nada de eso. Que los adultos, las cosas siempre las hacen en grande. Dos son sus obsesiones ahora, como no tardé en descubrirlo: el vino, claro, y la universidad. ¿No dice el son cubano que «hay que tener dos, compañero». Pues, bien, resulta que el otro día, pasando delante del salón para ir a mi habitación, sentí voces que enseguida reconocí —voces de profesores universitarios amigos de mis padres y otras que no conseguí identificar totalmente—. Como no tenía mayores ganas de conversar ni de saludar a nadie, me dispuse a subir la escalera pero me pareció oír que de nuevo hablaban de su divino licor. Toda una cacofonía! Dale que dale con el vino! Han vuelto a las andadas, me dije. No tienen remedio. Porque últimamente se han puesto a discutir a cada rato, y en tono muy docto, como si realmente fueran unos expertos, de zonas vinícolas, cepas, años de producción, colores, aromas, texturas, técnicas de azuframiento de las barricas y hasta de estrategias de venta. Y hay que ver en las cenas de amigos cómo rivalizan entre sí de conocimientos supuestamente científicos que sacan de unos libracos muy costosos, unos diccionarios especializados que se aprenden de

memoria como nosotras hacemos con los romances o las poesías de Bécquer.

Viña del mar por aquí, viña del mar por allá, esto volvía constantemente en la conversación como el flujo y reflujo de la marea, y yo diciéndome qué cosa más rara, que desde cuándo la vid prefiere la estéril arena de la playa a las buenas tierras calcáreas bien soleadas de las colinas. Un sabor salobre tendrá esa uva, ¿no? Hasta que oí pronunciar el nombre de Neruda por una voz que imaginé ser la de su Menudencia, un gordito costal de petulancia del departamento de español que siempre se me ha atragantado, haz memoria, algunos le decían a las espaldas «cacique-de-segunda-colita-de-león». Ya caí en la cuenta de que de la Ilustre Municipalidad de Viña del Mar, de la ciudad-jardín tan grata al poeta, al lado de Valparaíso, se trataba. Te acuerdas de Neruda, el autor de ese «Toqui Caupolicán» que nos enseñaron en clase y tanto nos emocionó a las dos. Pues bien, se pusieron a evocar su memoria, acicateados por el gordito, creo, pero sobre el cabecilla araucano «ensartado en la lanza del suplicio», ni una palabra, chica, que todo fue declamar con voz vibrante no sé qué poesía del Vate, como le decían con énfasis, de un misterioso estatuto del vino hablaban, del vino, no faltaba más, que este dichoso brebaje nos sale en todo, hasta en la sopa. Empujé la puerta del salón, asomé la cabeza, pidiendo tímidamente permiso para quedarme con los adultos, intrigada por ese Neruda que, aparentemente, también formaba parte de la secta de los bebedores. Me echó riendo mi padre, que ese poema no es apto para menores, fuera, fuera, mi niña, que subas, por favor, a hacer los deberes, que a ti sólo te gustan las grandes maquinarias épicas, los héroes positivos, de modo que... No tuve más remedio que obedecer, pero en algún lugar estaba escrito que habría de perseguirme todo el día la ridícula cháchara de los adultos sobre el vino, pues no bien cerré la puerta oí unas grandes risotadas y un arrastrar de sillas que me incomodaron tanto que desistí de estudiar.

Arrinconé los libros, pegué el oído al piso y me llegaron con toda claridad los enigmáticos comentarios de uno de los presentes sobre la viña de no sé qué fulanito radicado en no sé qué lugar. Decía en tono fingidamente compungido: «De todo hay en la viña del señor». Y seguía un torrente de carcajadas. Qué es esto, Dios mío, me

pregunté. A qué viñedos desconocidos se estarían refiriendo ahora los del salón? ¿A nuevos productos lanzados al mercado internacional, a vinos australianos o californianos aludían?, a no ser que se tratase de un antiguo licor de canónigo rescatado del olvido. Tanto me intrigó la situación que, lo confieso, bajé a esconderme debajo de la escalera para escuchar más a mis anchas el resto de la conversación. Hice bien, porque repetían exaltadas, como presa de frenesí, varias personas: «Pues, sí, amigos míos, quién lo niega, de todo hay en la viña del señor», como si se tratase de un santo y seña que todos conocían, menos yo. Me dio tanta rabia sentirme excluida que me volqué toda para comprender las razones de su hilaridad. Y Laura, no me lo vas a creer, pero a su universidad se estaban refiriendo.

Que viña no hay por ahí, me dirás tú, sólo tres flacos hierbajos que apenas sirven para alimentar ovejas, puede ser, Laura, y de qué tipo hablaban, me preguntarás, no lo sé, pero te juro que de su universidad se trataba. Más aclaraciones no te puedo dar, pero bien sabes que cuando esos intelectuales se ponen metafóricos pierden el tino, y con tal de deslumbrar al vulgo son capaces de cualquier comparación extravagante, y hasta de ver uva y verdes pámpanos donde siempre ha habido tierra árida y polvo. ¡Y la de horrores que soltaban como si nada! Que la universidad es una maraña, decía éste, una feria de arrebatacapas cuajada de intrigantes, replicaba aquél, una tierra de nadie entregada al capricho de las banderías, mírenme a esos adulones en torno a su adorado decano, las ranas tienen un rey, y se oyó un croar grotesco que salía del fondo del salón acompañado de palmadas al estilo gitano, un campo minado, encarecía otro, donde silban las balas asesinas de las miradas y las calumnias, que si no te matan te desgracian, todo un quilombo, señores, por mucho que se disfrace de templo del saber, qué templo ni qué templo, lanzó al aire un colega argentino de mi padre cuyo acento cantarín reconocí enseguida, sí señores, un quilombo donde todo se vende y compra, en que todo está revuelto, lo mediocre y lo valioso, lo honesto y lo disoluto, y con un deje canallesco, marcadamente tanguero, alguien se puso a tararear que en la universidad tanto valía un burro como un gran profesor. Las risas prorrumpían por todas partes y se explayaban irreprimibles. Sin embargo, algo de amargura, eso sí, se percibía en

ciertas reacciones, delatando la presencia de viejos rencores todavía vivos.

Una cloaca apestosa...Y de repente se elevó la voz aflautada de la única mujer de la concurrencia. Mejor no aventurarse por ahí para no mancharse los botines, ay, de haberme enterado antes me quedaba en mi colegio, seguía diciendo, mientras un burlón le replicaba que dónde no se mancha uno actualmente con tanta contaminación, y acaso manchados no nacimos todos, amiga mía, y le hacía observar maliciosamente que, con defectos y todo, a muchos les tiraba la perversa universidad, una buena canonjía, ¿no?

Chisporroteaban de lo lindo las bromas, salpicadas de palabrotas varoniles que te ahorro, chica. Feas, feísimas, pero tan divertidas. Había un español, un viejo sería, que decía a cada rato con voz cascada: «Me cago en la mar salada», como si alguien pudiese ignorar la diferencia ente agua dulce y agua de mar. Y los hispanoamericanos carajeando sabroso como en casa. Que si pinche, que si comemierda, que si huevón, que si boludo...Pero qué me pasa, madre mía, si acabo de decirte que sobre eso, mejor correr un tupido velo.

Pues bien, con la mujer de la voz aflautada se metieron. Y ¿qué te esperabas?, Adela, prosiguió otro gracioso, y le hablaba a su colega, parece mentira, como si fuera una niña, ¿es que crees todavía en el Paraíso? Estás retrasada de noticias, que ya terminó la era de los mitos. Mira que nuestra universidad nació bajo el signo de Jano Bifronte: vicio y virtud. Debo reconocer que entonces me quedé totalmente a oscuras. El Jano ese, dime Laura, ¿te suena a conocido? A mí, no. Viste cómo se expresa esa gente. Un profesor de letras o latín sería, seguro, que éstos hablan tan fino que a veces no hay quien los entienda. Pero como no me gusta darme por vencida —ignorante soy, pero curiosa y porfiada—, paré el oído, como dirías tú, presté mucha atención a todo lo que contó el hombre ese y saqué mis modestas conclusiones. Modestas, sí, pero esclarecedoras, espero. Total que, según tengo entendido, el creador de la universidad de mi padre es un rey feúcho del siglo XV, un cascarrabias de semblante avinagrado, dudosa estirpe, y con mucha religión, eso sí, muy amigo de la Virgen María, pero bien que se echó de querida a la más linda

muchacha del reino, un pimpollo que murió, dicen algunos, envenenada, y que por primera vez en la historia de Francia llevó el título oficial de Favorita real. Qué cosas tan extrañas pasan en el mundo de los adultos ¿no? Te gustaría, Laura, ser alguna vez la Favorita real, por lo del título, claro, y a mí de azafata me tomas, por algo soy tu mejor amiga. Pero volvamos a nuestro asunto, que para mí el rey ese es el tal Jano, nombre de bárbaro, pero, ojo, no pongo la cabeza. Segura, lo que se dice segura, no estoy. Lástima que esté ausente la Cecilia que tanto sabe de genealogías y líos de alcoba palaciegos, nos habría sacado definitivamente de dudas, eso sí. ¿Por qué han de estar siempre lejos los amigos?

Vicio y virtud, déjense de bromas, replicó indignada la voz aflautada de la mujer. No señores, no. Sólo vicio veo yo en esta universidad. Y hasta podría decir que sólo vicio oigo aquí. O es que han olvidado lo del año pasado, los encuentros furtivos y nocturnos del joven colega barbudo, buen mosquito muerta ése, ¿no?, las mesas crujientes de ciertas aulas, los suspiritos acaramelados, la linterna del portero como imantada por el novedoso espectáculo de un cuerpecito blanco gesticulante..., bueno, mejor me callo toda esa impúdica gimnasia, y del descarro de los culpables, que encima reincidieron, tampoco se acuerdan ustedes o qué, y en lugares cada vez más arriesgados. ¡Y a eso llaman universidad!

Qué hicieron realmente, Laura, los dos tórtolos, no te lo sabría decir con exactitud, para mí que se darían de pico en vez de estudiar o enseñar, yo ya me voy perdiendo, muy mal hecho, desde luego. Lo único cierto es que estaba furiosa la mujer de la voz aflautada y repetía sin cesar que efectivamente de todo había en la viña universitaria, o la vida universitaria, o qué sé yo, en fin en la universidad, mucha hojarasca, mucha rama podrida que podar. Pareció calmarse y me disponía a subir a mi habitación sin que me notaran, cuando sonó nuevamente la voz aflautada, interrumpida enseguida por una alegre ráfaga de risas que le impedía continuar con sus recriminaciones. Olvídate un poco de los tórtolos, dijo una voz socarrona. Total, por qué tanta saña contra dos pobres vocecitas enamoradas sonando en la tarde, bueno, sí, en la noche, a deshora, sí, en lugares extravagantes, sí, cuando te pasas la vida, Adela, sacando a relucir en tu curso sobre la novela las bondades sin par de la polifonía.

Habla claro, mujer, dinos la verdad. Con un haz, una brazada, un bosque de voces trémulas quisieras poder contar entonces, más estudiantes viciosas, como dices tú, y más profesores disolutos necesitas para eso. Bueno, pues, manos a la obra. A contratar voluntarios. A ver si conseguimos armar para el año que viene la Gran Orquesta Polifónico-Erótica de la Facultad de Letras. No me digas, Adela, y continuaba la voz burlona en medio de un estrépito de los mil diablos, digno, pues sí, chica, de nuestro patio de recreo, que prefieres los escándalos públicos, los insultos crudos en la cafetería, los cortes de manga, los piñazos de hace tres años en la escalera monumental, al estilo de los sorbonícolas, guerra galana no era, que tanto enardecieron al profesorado, milagrosamente sacado de su letargo y como rejuvenecido por esos vientecillos bélicos. Anda, Adelita, bonita, vente para acá, que te quiero dar el beso de la reconciliación, mujer, un besito de coco.

Luego, Laura, dejé de oír a la mujer, que habría renunciado, supongo, a enarbolar la bandera del Bien ante tal avalancha de vendidos. ¡Que viva el amor libre, brindemos por la juventud y el amor libre, que son la sal de la viña, repetían a coro los amigos de mi padre, y yo, entretanto, muriéndome de calor y perplejidad debajo de la escalera, en espera del momento oportuno para escapar. ¿Amor libre? ¿Habrá, Laura, amores cautivos? Vete tú a saber, si últimamente hasta oí hablar de amores perros. Y he aquí que oigo un ruido seco, como de corcho que salta, saludado por grandes exclamaciones de alborozo. Comprendí que los adultos habían reincidido. Correría de nuevo el vino en grande...y qué vino. ¿Acaso no dicen ellos que no hay cosa mejor que un buen champán, francés, por supuesto? Tomé entonces una rápida decisión. Salí de mi escondite con los riñones hechos papilla, me enderecé mal que bien trastabillando grotescamente como si estuviera borracha, me pasé la mano por el pelo alborotado, y entré decididamente en el salón. Me acerqué a la gran mesa central de las tapas y los cócteles y me jugué el todo por el todo. Extendí lentamente la mano para alcanzar una copa, acaricié con la punta de los dedos el fino cristal helado, lo apreté en mi mano caliente, esperándome una negativa, una mirada fulminante, pero sólo me echaron unas ojeadas conciliadoras. Tuve derecho a cuatro sorbos de su divina bebida, la saboreé meticulosamente, nada del otro mundo,

era sólo cosa de cogerle bien el gusto, Laura, de irme acostumbrando a los efectos del vino, de curtirme, me entiendes. Porque para ingresar en la endiablada viña universitaria, con sus broncas, farsas, melodramas y embriagadoras exhalaciones hay que tener la cabeza bien agarrada a los hombros, no perder nunca la compostura, que llueva, caiga piedra, o truene. Y algún día, Laura, en ella ingresaremos, tú y yo, a prueba de bala, ensuciándonos los botines.

Mil cariños de tu amiga que te quiere